

La Reforma Universitaria en Carlos Rafael Rodríguez (reseña)

LÁZARO DÍAZ FARIÑAS*

El artículo que ahora se presenta en la sección Documentos de la Revista *Economía y Desarrollo* fue escrito por Carlos Rafael Rodríguez para la revista *Cuba Socialista* en el año 1962, al calor de una de las realizaciones más extraordinarias de la Revolución Cubana en su tránsito al socialismo: la Reforma Universitaria. En este los lectores podrán conocer de primera mano el devenir histórico de la educación superior en Cuba, desde el anquilosamiento de la estructura colonial y los aires renovadores de aquella sociedad en el siglo XIX, guiados por la mente de hombres tan preclaros como Luz, Varela y Saco. El fracaso de aquellos intentos renovadores se debió a que ese orden social no podía responder a una tentativa de progreso más allá de la transformaciones tecnológicas inherentes a él, aun cuando reconoce que dentro de la sociedad colonial surgieron hombres excepcionales como Carlos de la Torre y Felipe Poey, señalados por su erudición y alta cultura. Finalmente Carlos Rafael Rodríguez ilustra cómo los intentos frustrados de la burguesía cubana finisecular –de fundar una nueva sociedad y una nueva universidad–, representados por José Martí, terminaron con la intromisión yanqui en la guerra de Cuba contra España.

El sistema colonial perviviente en la República neocolonial –resultante histórica de aquel proceso caracterizado de «semicoloniaje» por el autor–, no se transformó más que en sus apariencias. Los intentos de una transformación científica de la sociedad cubana a partir de una nueva universidad y los intentos positivistas de inicio de siglo, de la mano y timidez intelectual de Enrique José Varona –su mentor–, son analizados por el autor. Señala cómo estos intentos fracasaron pues esa ansiada y «positiva» influencia sobre la sociedad cubana y su educación superior no se logró. En este particular reconoce cómo en los Estados Unidos se había desarrollado un pragmatismo que, aunque desligado de la realidad,

* Máster. Universidad de La Habana. Contacto: lazarofp@fec.uh.cu.

había influido en el desarrollo científico tecnológico de aquella sociedad que muy pronto se pondría en la vanguardia del mundo. Pero precisamente esa relación de «semicoloniaje» era la que impedía que dicho modelo de educación superior se reprodujese en nuestro país y tuviese algún impacto de larga duración para el desarrollo económico y social. El modelo de dependencia económica, estructuralmente deforme, era el resultado del maridaje de intereses del imperialismo norteamericano y una burguesía nacional devenida en oligarquía, que por su condición le era indiferente y hasta repugnante cualquier transformación del orden social, y se desligaba de su responsabilidad histórica.

Un momento extraordinario del artículo se refiere a la situación imperante en América Latina ante la inminencia de la Primera Guerra Mundial. El movimiento reformista universitario iniciado en Córdoba –Argentina–, sus matices, alcances, realizaciones y límites son captados por el autor a partir del estudio de su influencia en la Cuba de los años veinte, dentro de un proceso de renovada autoconciencia nacional. La lucha de clases y sus actores revolucionarios y antiimperialistas –pequeña burguesía, estudiantes y obreros– son analizados en su batallar alrededor de la Reforma Universitaria cubana de 1922. El trasfondo social y la evolución del pensamiento y de la acción de Julio Antonio Mella son captados en un proceso de evolución; nos muestra cómo Mella, a partir de su evolución ideológica –que lo llevó a la militancia comunista– y su radicalización política, pudo comprender los límites de aquel proceso, pues según la cosmovisión alcanzada por el joven revolucionario no había transformación posible de la educación superior sin que ello no tuviera como prerequisite la revolución social, sin que ello truncase la aspiración legítima de transformación de la universidad dentro del capitalismo, tal y como sucede hoy en el continente.

En su exposición resalta cómo, invariablemente, esta situación se mantuvo hasta el triunfo de la Revolución: una universidad desligada de su tiempo y de una sociedad que la mantenía anquilosada en sus límites irrestrictos. Debía transformarse al calor de los nuevos tiempos y adaptarse a una nueva relación del hombre y la sociedad: el socialismo. Para esa transformación social había que remover las taras de aquella, entre estas, la de un profesorado que salvo excepciones mantenía una posición reaccionaria en la estructura de la lucha de clases, a lo que se unían las reticencias del profesorado revolucionario que aún, según refiere, no había podido unificar la ética profesional con la ética revolucionaria; tal era el escenario ideológico de una época y de un año marcados por la Guerra Fría, el intento de aislamiento de Cuba del seno de la América

Latina y de los peligros de una guerra nuclear que amenazaba con la historia humana misma, meses después.

El escenario antes descrito se superponía a los intentos francos de promover el desarrollo económico y social, para ello había que formar profesionales capaces de asumir los retos de la transformación, dotar a la universidad de la nueva ciencia del progreso, desterrar el escolasticismo disfrazado, las falsas humanidades y crear una universidad abarcadora de todos los ámbitos –ciencias exactas, naturales, sociales, ingenierías– en función de crear una nación nueva.

En el artículo se detalla la nueva estructura académica, las formas de organización de las escuelas, departamentos y facultades, orgánicamente vinculadas, en contraposición al modelo norteamericano de universidad fragmentada en múltiples departamentos sin vinculación orgánica entre sí. Uno de los análisis que alcanza el debate actual es la necesidad de estudiar en todas las carreras el marxismo-leninismo, para que las nuevas generaciones comprendan los orígenes de la explotación del hombre por el hombre y de la posible transformación social, sin que con ello se pretendiese formar marxistas, «lo cual sería la obra de una vida», señalaba.

Entre las nuevas carreras introducidas al calor de la Reforma, Carlos Rafael Rodríguez refiere cómo la Economía –entre otras– había sido una disciplina preterida, pues a los fines de la relación neocolonial en ese ámbito se había desarrollado, fundamentalmente, la profesión de contador público. Es justo reconocer –como hace el autor– que esos estudios habían comenzado ya en la Universidad de Oriente, pero fueron inoperantes por la misma relación neocolonial. Sin embargo, sería injusto no mencionar que él se graduó –con el primer expediente– de licenciado en ciencias políticas, sociales y económicas, en 1938, y obtuvo un premio,¹ por sus méritos. Asimismo, aquellos estudios económicos fueron la base que le permitió, años después, en su crítica al libro de Raúl Lorenzo, *A propósito del empleo en Cuba*, hacer la distinción entre crecimiento y desarrollo, un aporte indudable del marxismo latinoamericano a la comprensión de los problemas del desarrollo económico. Se deben señalar también los esfuerzos de otro graduado contemporáneo, Felipe Pazos –defensor tardío de la burguesía cubana–, precisamente para crear una carrera de Economía en la Universidad de Oriente, aunque el propósito fue frustrado en sí mismo por el neocolonialismo imperante, algo que la

¹ En su condición de primer expediente, de un total de 33 asignaturas recibió 33 calificaciones de sobresaliente, 31 premios ordinarios y 4 extraordinarios, así como el Premio Nacional González Lanusa *in Memoriam* al mejor estudiante de Derecho.

Reforma Universitaria en los marcos de una revolución social pretendía transformar y que este no supo captar.

Después de la digresión anterior, sería importante señalar que aquella universidad debía pintarse de pueblo y hacerse universal. Para ello, Carlos Rafael Rodríguez demuestra cómo la Revolución, con su sistema de becas, hacía posible la entrada en la educación superior de obreros, campesinos, ante los cuales antaño se abrían barreras sociales infranqueables frente al espejismo de la «matrícula gratis» y el inmenso valladar de los prejuicios raciales que inalterablemente –con raras excepciones– mantuvo a los negros alejados de la colina universitaria. Para ello el estudiante solo debía estudiar, convertir el estudio en su trinchera de combate en un nuevo compromiso consigo mismo y con su tiempo. A propósito de este tema, años después en su memorable intervención «La universidad en el socialismo»² hacía referencia a cómo en el estudiante universitario «debía producirse una ruptura cualitativa con su propio pasado, un cambio en su proceder, en su actitud ante la vida, en asunción de responsabilidades». Enfatizaba en las responsabilidades adquiridas ante la ley, la capacidad de elegir y de ser elegido, la responsabilidad criminal y la de defender la patria, todo ello en oposición al paternalismo, calificado como «ñoñería» pequeño burguesa. Ante ello, la «tutela» del profesor debía convertirse en una guía de la transformación que tuviera como centro el estudio como responsabilidad fundamental, solo perturbable ante la posibilidad de agresión del enemigo y la defensa de la patria socialista. Ello cobra extraordinaria vigencia para nuestro modelo pedagógico actual.

Este artículo esclarecedor de una nueva realidad inspirado en las «bases de la Reforma Universitaria» no termina con aire triunfal, sino que, por el contrario, aborda los límites de aquel proceso –el que el autor reconocía largo y complejo–. Entre estos sobresalen hoy, cincuenta años después, «el bajo nivel con que se presentarán durante algún tiempo los estudiantes que lleguen a la educación superior», entre estos, por los imperativos de su tiempo denominó «facultades obreras». Hoy la mala calidad proviene estructuralmente de un sistema educativo que tendrá inexorablemente que transformarse para el desarrollo económico y social sostenible del futuro de nuestra nación.

² Discurso leído en el Aula Magna de la Universidad de La Habana a propósito de que se le otorgase el grado de Profesor de Mérito, el 27 de mayo de 1983. Aparece en la antología *Palabras en los setenta*, que se editara por la Editorial de Ciencias Sociales como parte de los homenajes recibidos al cumplir setenta años de vida.

La lectura y selección de este artículo –«La Reforma Universitaria», de Carlos Rafael Rodríguez– es una apuesta para repensar el momento en que se encuentra la educación superior en Cuba, rendir cuentas con el pasado y trazar metas para el futuro. Entre las nuevas misiones con las que la reforma dotó a la universidad se encuentra la investigación, algo que en el pasado era pasión de algunos eruditos y hoy obligación de todos los profesores-investigadores. Al respecto aparecen no pocas interrogantes: ¿nuestro sistema está diseñado eficientemente para lograr esos propósitos y convertir la universidad en promotora de la ciencia y de la cultura que le es consustancial?, ¿es el profesor universitario un intelectual, o esa categoría pertenece a otros ámbitos de la cultura, a la usanza actual, o somos meros repetidores y no creadores de la nueva cultura universitaria de cara al socialismo?

La universidad de la reforma se constituyó bajo el principio revolucionario de co-gobierno. Sería preciso preguntarse si hoy existe ese precepto o, por el contrario, la vida de la universidad se ha burocratizado y alejado de los nuevos principios que la sustentaron, de una profunda matriz democrático-socialista e histórica, de participación en la toma de decisiones, lo que incluye la posibilidad de elegir por sus méritos, o partidismo revolucionario a nuestras autoridades y representantes, o solamente es ámbito de la «política de cuadros». Ello es trascendental en momentos en que se están desarrollando cambios importantes en nuestra sociedad y, por consiguiente, no puede la universidad cubana estar ajena a estos.

La educación es universal y un derecho consagrado en los últimos cincuenta años, pero la sociedad en su decursar histórico ha creado barreras al acceso, convirtiéndose, sin proponérselo, en reproductiva de la condición social, lo cual merma no solo la condición individual, sino la de la justicia social intrínseca al socialismo. ¿Qué hacer para que la calidad de la educación y el acceso a nuevas fuentes de información no se conviertan en una barrera infranqueable para sectores vulnerables de nuestra sociedad? ¿Acaso en el nuevo modelo de sociedad que proponemos, que tiene como centro la corresponsabilidad, no quedan resquicios para estos grupos? ¿Acaso el sistema de becas es solo para resolver problemas perentorios del desarrollo o un vehículo idóneo, por el que puedan optar los hijos de los vulnerables o en riesgo para su ascenso social? Pensemos que la política social, actualmente diseñada, se propone subsidiar personas y no productos; acaso este mismo principio no podría convertirse en política para el acceso de las personas en riesgos. Nuestra sociedad muestra ejemplos muy elocuentes que no

necesitan de investigaciones sociológicas de alto vuelo para demostrar retrocesos que se encuentran a la vista de todos.

Esperamos que la lectura de esta eminente obra del pensamiento pedagógico marxista cubano no se convierta en una cómoda referencia al pasado en el ámbito de una conmemoración o su estudio, o un ejercicio intelectual para justipreciar una obra, un propósito, sino un relanzamiento al futuro socialista, para que se cumpla cabalmente aquel apotegma final con que concluyó Carlos Rafael Rodríguez su artículo: «Cuba entra, la primera en América, por la vía que situó a los soviéticos en el cosmos. Salvadas las distancias que distinguen una gran potencia y un pequeño país, esa vía nos llevará también a nosotros muy lejos, hacia lo alto. Tenemos ya la nueva sociedad y la nueva universidad como lo pedía Martí. Ambas son insuperables y dependen de nuestro esfuerzo».